

XXXVII.

PROFESOR DE MATEMÁTICAS Y CORREDOR DE COMERCIO.

En Montevideo paré en la casa de uno de mis amigos, llamado Napoleon Castellini. A su gentileza y á la de su mujer debo demasiado para poderles pagar nunca sino con el reconocimiento que les he ofrecido, así como á mis demás amigos muy queridos G. B. Cuneo, — este amigo de toda mi vida, — y los hermanos Antonio y Juan Risso.

Apenas se acabó el dinero que saqué de la venta de las pieles de los bueyes, por no estar á la carga de mis amigos, con mi mujer y mi niño, emprendí dos industrias que, debo confesarlo, no me dejaban bastante para mantener mi familia.

La primera fué la de corredor de mercancías; llevaba conmigo muestras de toda especie, desde la pasta de Italia hasta los tejidos de Ruan.

La segunda era la de profesor de matemáticas en la casa del estimable señor Pablo Semidei.

Este género de vida duró hasta que entré en la lecion oriental.

La cuestion de Rio Grande comenzaba á estable-

cerse por un arreglo. En esa cuestion ya no tenia yo nada que ver. La república Oriental, — así se llamaba la república de Montevideo, — sabiendo que yo estaba libre, no tardó en ofrecerme una compensacion mas en armonia con mis medios, y sobre todo con mi carácter, que las de profesor de matemáticas y de corredor de comercio.

Me ofrecieron y acepté el mando de la corbeta *la Constitucion*.

La escuadra oriental estaba bajo las órdenes del coronel Cosse; la de Buenos Aires á las órdenes del general Brown.

Algunos encuentros y algunos combates tuvieron lugar entre las dos escuadras, pero no dieron mas que medianos resultados.

Al mismo tiempo, un cierto Vidal, de triste memoria, fué encargado del ministerio general de la República.

Uno de los primeros y de los mas deplorables actos de este hombre fué el de deshacerse de la escuadra, que él decia demasiado gravosa al Estado. Esta escuadra, que habia costado inmensas cantidades á la República, y que entretenida, como la cosa era fácil entonces, podia constituir una preeminencia marcada sobre la Plata, fué completamente destruida, y dilapidaron el material.

En seguida se me encomendó una expedición del resultado de la cual debían nacer muchos sucesos.

Me mandaron á Corrientes con el bergantín de doce cañones *el Pereyra*.

La goleta *Prócida* debía navegar de concierto conmigo.

Corrientes combatía entonces contra Rosas, y yo debía ayudarle en sus movimientos contra las fuerzas del dictador.

*
*
*

Permítase al que publica estas Memorias dar á nuestros lectores, sobre el estado de la república de Montevideo en 1841, algunas explicaciones que el general Garibaldi no creyó necesario incluir en su diario escrito día por día.

Estas explicaciones serán tanto mas exactas, por cuanto fueron dictadas al que las publica hoy, en 1849, por un hombre que hizo un gran papel en los acontecimientos de la república Oriental: por el general Pacheco y Obes, uno de nuestros mejores amigos.

Además, estad tranquilos, queridos lectores, volveremos inmediatamente la pluma á este otro amigo, no menos bueno, que se llama José Garibaldi.

Pues ya veis que, como César, este primer emancipador de la Italia, maneja la pluma con tanta habilidad como la espada.

MONTEVIDEO.

Cuando el viajero llega de Europa sobre uno de los buques que los primeros habitantes del país creyeron que eran casas volantes, lo primero que percibe, cuando el centinela á bordo ha gritado: « ¡Tierra! » son dos montañas.

La una de ladrillos, que es la catedral, la iglesia madre, la *Matriz*, como la llaman allí.

La otra de granito, cubierta de alguna verdura, y sobrepujada de un fanal.

Esta montaña se llama el *Cerro*.

A medida que se acerca á las torres de la catedral, cuyas cúpulas brillan al sol, el viajero distingue los *miradores* sin número y con formas variadas que adornan casi todas las casas; despues ve las casas mismas, rojas ó blancas, con sus azoteas, frescas estaciones de la noche; en seguida, al pié del *Cerro* las *Saladoras*, vasto edificio donde se sañan las carnes; luego, en fin, en el fondo de la bahía, en la orilla del mar, las hermosas *quintas*, de-

licias y orgullo de los habitantes, y que hacen que en los días de fiesta no se oyen mas que estas palabras corriendo por las calles :

— Vamos al *Miguelete*; — vamos á la *Aguada*; — vamos al *Arroyo seco*.

Entonces, si echais el áncora entre el Cerro y la ciudad dominada, desde cualquier punto que la mireis, por la gigantesca catedral; si la lancha os lleva rápidamente hácia la playa con seis remos; si, por el día, veis sobre el camino de esas hermosas quintas grupos de mujeres vestidas de Amazonas, y hombres montados con traje de montar; si, por la noche, por en medio de las ventanas abiertas, y echando en la calle torrentes de luz y de armonía, oís los ecos del piano ó los lamentos del arpa, el paso acompasado de las parejas y las notas lamentables de la canción, es que estais en la ciudad de Montevideo, la vireina de ese río de plata de que Buenos Aires quiere ser el rey, y que se echa en el Atlántico por una embocadura de ochenta leguas.

Juan Diaz de Solís fué el primero que, al principio del año 1516, descubrió la playa y el río de la Plata. La primera cosa que apercibió el centinela de bordo fué el Cerro. Entonces lleno de alegría, gritó en lengua latina :

— *Montem video!*

De ahí viene el nombre de la ciudad de la cual vamos á trazar rápidamente la historia.

Solís, ya orgulloso de haber descubierto, un año antes, Rio Janeiro, no gozó mucho tiempo de su nueva descubierta.

Habiendo lanzado en la bahía dos de sus buques, y habiendo vuelto á subir el Plata con el tercero, cedió á las señales de amistad que le hicieron los Indios, cayó en una emboscada y fué muerto, asado y comido sobre las orillas de un arroyo, que en memoria de ese terrible acontecimiento aun lleva hoy el nombre de *Arroyo de Solís*.

Esa horda de Indios antropófagos, muy valientes sin embargo, pertenecía á la tribu primitiva de los Charruas, y era dueña del país, como lo eran á la extremidad opuesta del grande continente los Hurons y los Sioux.

Tambien resistió á los Españoles, que se vieron obligados á edificar Montevideo en medio de los combates de todos los días, y sobre todo de los ataques de todas las noches : tanto que, gracias á esa resistencia, Montevideo, aunque descubierto, como hemos dicho, en 1516, apenas cuenta cien años de fundacion.

Últimamente, hácia fines del siglo pasado, un hombre hizo á los dueños primitivos de la playa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

una guerra de exterminio, en la cual fueron aniquilados. En los tres últimos combates — durante los cuales, como los antiguos Teutones, colocaron en medio de ellos mujeres y niños y cayeron sin retroceder un paso — vieron desaparecer sus últimos restos; y como monumentos de esta derrota suprema, el viajero aun puede hoy ver, blanqueados al pié de la montaña Augua, los huesos de los últimos Charruas.

Este otro Mario, vencedor de estos otros Teutones, era *el comandante de la campaña*, Jorge Pacheco, padre del general Pacheco y Obes, de quien, como hemos dicho, tenemos los detalles que vamos á poner á la vista de los lectores.

Empero, los salvajes destruidos legaron al comandante Pacheco enemigos mucho mas tenaces, mas peligrosos, y sobre todo mucho mas inexterminables que los Indios, — visto que estos estaban sostenidos, no por una creencia religiosa que se debilitaba de dia en dia, sino, al contrario, por un interés material que aumentaba de dia en dia; — y esos enemigos eran los contrabandistas del Brasil.

El sistema prohibitivo era la base del comercio español; esto era una guerra encarnizada entre el comandante de la campaña y los contrabandistas que, ya por su astucia, ya por la fuerza, introducian

en el territorio de Montevideo sus tejidos y sus tabacos.

La lucha fué larga, encarnizada, mortal. Don Jorge Pacheco, hombre de una fuerza hercúlea, de una estatura gigantesca y de una vigilancia á toda prueba, habia conseguido en fin, — á lo menos lo esperaba, — no el sepultar los contrabandistas, como hizo con los Charruas, porque esto era imposible, sino el alejarlos de la ciudad, — cuando de repente volvieron á comparecer mas atrevidos, mas activos y mejor organizados que nunca, al rededor de una voluntad única tan poderosa, tan valiente y sobre todo tan inteligente como podia ser el mismo comandante Pacheco.

El comandante mandó á sus espías para que recorrieran la campiña y se informaran de la causa de ese acrecimiento de hostilidades.

Todos volvieron con la misma palabra en la boca: — Artigas!

¿Quién era pues ese Artigas?

Un jóven de veinte á veinte y cinco años, valiente como un viejo español, sutil como un charrua y vigilante como un gaucho: tenia de las tres razas, si no en la sangre, á lo menos en el espíritu.

Entonces sobrevino una lucha admirable entre el viejo comandante de la campaña y el jóven contra-

bandista; pero el uno era jóven y crecía en fuerza, mientras que el otro, aunque no muy viejo, estaba ya muy cansado.

Durante cuatro ó cinco dias, Pacheco persiguió á Artigas, batiéndolo en todas partes; pero Artigas, batido, no fué ni muerto ni prisionero; — al dia siguiente, se hacia ver. — El hombre de la ciudad fué el primero que se cansó en la lucha, y; como uno de aquellos antiguos Romanos del tiempo de la República, que sacrificaban su orgullo al bien del país, propuso al gobierno resignar sus poderes, á condicion que se nombrara á Artigas jefe de la campiña en su lugar; Artigas, segun él, era el solo que podia consumir la obra que Pacheco no pudo cumplir, es decir exterminar á los contrabandistas.

El gobierno aceptó, y, como esos bandidos romanos que hacen sumision al papa, y que se pasean venerados en la ciudad de que ellos fueron el terror, Artigas hizo su entrada en Montevideo, y emprendió la obra de exterminio que se habia escapado de las manos de su predecesor.

Al cabo de un año, desapareció el contrabando.

Esto sucedió unos cincuenta años antes de los acontecimientos en los cuales va á hallarse mezclado Garibaldi; pero ante todo somos autor dramático, y no podemos acostumbrarnos á abrir

nuestros dramas sin un prólogo; este prólogo, sin embargo, no carece de interés, y hace conocer los hombres y las localidades bastante desconocidas en Francia.

Artigas tenia entonces veinte y siete ó veinte y ocho años; así, cuando el general Pacheco me dió estos detalles, tenia ya noventa y tres, y vivia aislado en una quinta del presidente del Paraguay. Sin duda, ha muerto ya.

Era un jóven, lindo, valiente y fuerte, y que representaba una de las tres potencias que reinaron sucesivamente en Montevideo.

Don Jorge Pacheco era el tipo del valor caballeresco; ese valor que atravesó los mares con Colon, Pizarro y Fernan Cortés.

Artigas era el hombre de la campiña; podia representar lo que llaman allá el partido nacional, colocado entre los Portugueses y Españoles, es decir entre los extranjeros que quedaron en las ciudades donde todo les recordaba las costumbres portuguesas y españolas.

Luego quedaba un tercer tipo y aun una tercera nacion, de la cual es necesario que hablemos, porque era á la vez el azote del hombre de las ciudades y del hombre de la aldea.

Este tercer tipo era el gaucho, del que Garibaldi

os ha dicho una palabra característica y pintoresca. Lo ha llamado « el centauro del nuevo mundo. »

En Francia, llamamos gaucho todo lo que vive en esas vastas llanuras, esas inmensas estepas, esas pampas infinitas que se extienden de los bordes del mar á la frontera oriental de los Andes. Nos equivocamos : el capitán Head, de la marina inglesa, fué el primero que puso en boga esta manera de confundir el gaucho con el habitante del campo, que en su fiereza rechaza no solamente la similitud, sino la comparacion.

El gaucho es el gitano del nuevo mundo. Sin bienes, sin casa y sin familia, toda su fortuna se compone de un puncho, un caballo, una navaja, su lazo y sus *bolas*.

La navaja es su arma; su lazo y sus bolas, su industria.

Artigas era pues el comandante de la campiña, á la satisfaccion de todo el mundo, á excepcion de los contrabandistas; y se hallaba aun encargado de esta importante funcion cuando estalló la revolucion del año 1810, revolucion que tenia por objeto y que tuvo, en efecto, por resultado el exterminar la dominacion española an el nuevo mundo.

Principió pues en 1810, en Buenos Aires, y concluyó en Bolivia, en la batalla de Ayacucho, en 1824.

El jefe de las fuerzas independientes era entonces el general Antonio José de Sucre, quien tenia cinco mil hombres bajo sus órdenes.

El general en jefe de las tropas españolas era don José de Laserna, el último virey del Perú; tenia bajo sus órdenes once mil hombres.

Los patriotas no tenían mas que un cañon, y eran uno contra mas de dos. Carecian además de municiones, de provisiones de boca, de pólvora y de pan.

Si hubieran esperado, se rendian; pero atacaron y vencieron. El general patriota Alejos Córdova fué el primero que embistió al enemigo con los quinientos hombres que tenia á sus órdenes. Puso su bandera en la punta de su espada y dijo :

— Adelante!

— ¿Al paso redoblado ó al paso regular? preguntó un oficial.

— Al paso de la victoria, respondió él.

Por la noche capituló todo el ejército español, y se hallaba prisionero de los que habian sido antes sus prisioneros.

Artigas fué uno de los que saludaron la revolucion como una libertadora. Se puso á la cabeza del movimiento de los pueblos del campo, y fué en busca de Pacheco para ofrecerle el mando, como lo habia hecho Pacheco por él.

Este cambio iba acaso á operarse, cuando Pacheco fué sorprendido en la casa de Casablanca, en el Uruguay, por los marinos españoles, y quedó prisionero.

Artigas continuó su obra de libertad. En poco tiempo, arrojó á los Españoles de toda la campiña, y los redujo á la sola ciudad de Montevideo. Empero Montevideo podía presentar una resistencia seria, por cuanto era la segunda ciudad fortificada de América.

La primera era San Juan de Ulua.

Refugiáronse en Montevideo todos los partidarios de los Españoles, apoyados de una guarnicion de cuatro mil hombres. Artigas, apoyado por la alianza de Buenos Aires, puso sitio á la ciudad.

Empero un ejército portugués que vino en socorro de los Españoles, levantó el bloqueo.

En 1812, el general Rondeau por Buenos Aires y Artigas por los patriotas montevidéanos, reunieron sus fuerzas y sitiaron de nuevo á Montevideo.

El sitio duró veinte y tres meses; despues, en fin, capituló la guarnicion entregando la ciudad de la futura república Oriental á los sitiadores, mandados entonces por el general Alvear.

¿Cómo fué pues que el general en jefe era Alvear y no Artigas? Vamos á decirlo.

Es que al cabo de veinte meses de sitio, despues

de tres años de contacto entre los hombres de Buenos Aires y los de Montevideo, las desemejanzas de costumbres, diré casi de raza, que habian sido en un principio simples causas de disntimiento, poco á poco llegaron á ser motivos de odio.

Artigas hizo como Aquiles, se habia retirado á su tienda de campaña, ó mas bien se la llevó consigo. Habia desaparecido en las profundidades del prado, tan conocidas en su juventud, en los tiempos que hizo el oficio de contrabandista.

Le reemplazó el general Alvear, quien se hallaba de general en jefe de los *Porteños* cuando tuvo lugar la rendicion de Montevideo.

En el país llaman *Porteños* á los habitantes de Buenos Aires, mientras que á los de Montevideo los llaman *Orientales*.

Procuremos hacer comprender aquí las enormes diferencias que existen entre los *Porteños* y los *Orientales*.

El hombre de Buenos Aires, fijado en el país desde hace trescientos años en la persona de su abuelo, ha perdido, desde el fin del primer siglo de su transacion á América, todas las tradiciones de la madre patria, es decir de la España. Sus intereses dependen del suelo, y su vida se ha adherido á él. Los habitantes de Buenos Aires son casi tan americanos hoy

como lo eran antes los Indios, que ellos conquistaron y á quienes han sustituido.

El hombre de Montevideo, al contrario, fijado desde hace apenas un siglo en el país, — siempre en la persona de su abuelo, bien entendido, — el hombre de Montevideo, no ha olvidado que es hijo, nieto, biznieto del Español. Tiene el sentimiento y la pasión de su nueva nacionalidad, pero no olvida las tradiciones de la vieja Europa, á la cual semeja en la civilización; mientras que el hombre de Buenos Aires, se aleja todos los días para entrar en la barbarie.

El país influye también en este movimiento retrógrado de un lado y progresivo del otro.

La población de Buenos Aires esparcida sobre arenas inmensos, con casas muy alejadas las unas de las otras, en partes desprovistas de agua, faltándoles leña, y tristes de aspecto — la población que habita casas pajizas mal construidas, saca en ese aislamiento, en esas privaciones, en esas distancias, un carácter sombrío, miserable, quimerista. Sus tendencias son casi las mismas que las del Indio salvaje de las fronteras del país, con quien hace comercio de plumas de avestruz, de capas para el caballo, y de madera de lanzas, cosas todas que trae de los países donde la civilización no ha penetrado, de cen-

tros desconocidos de los Europeos, y las cambia con aguardiente y tabaco, llevándolo hácia las grandes llanuras de las pampas de las que ha tomado el nombre, y á las cuales tal vez él ha dado el suyo.

La población de Montevideo, por el contrario, ocupa un buen país, que riegan los arroyos que cortan los valles. No tiene mucha madera, ni posee vastos bosques, como la América del Sur, es verdad; pero en el fondo de cada uno de esos valles, tiene arroyos cubiertos por la sombra del *quebrocho* de corteza de hierro, por el *ubajai*, por el *santo* con sus ricos ramajes. Además, está bien alojada y bien alimentada. Sus casas, villas, quintas y cénias están muy cerca las unas de las otras; y su carácter, abierto y hospitalario, está inclinado á esta civilización cuya vecindad al mar le trae sin dilación el perfume sobre las alas del viento que viene de Europa.

Para la población de Buenos Aires, el tipo de la perfección es el Indio á caballo.

Para el hombre de la campiña de Montevideo, es el Europeo, cinchado en su vestido, su corbatín bien cerrado, preso entre sus trabillas y sus tirantes.

El hombre de Buenos Aires tiene la pretensión de ser el primero en elegancia. Se enfada y se aplaca con facilidad; empero tiene más imaginación que los de Montevideo. Los primeros poetas que se co-

nocieron en la América nacieron en Buenos Aires. Vareta, Lofimer, Domingo y Manuel, son porteños.

El hombre de Montevideo es menos poético, pero mas sosegado y mas firme en sus resoluciones y proyectos. Si su rival tiene la pretension de ser el primero en elegancia, él tiene la de ser el primero en valor. Entre sus poetas, se hallan los nombres de Hidalgo, de Berro, de Figuerra, de Juan Carlos Gomez.

Las mujeres de Buenos Aires pretenden tambien ser las mas hermosas de la América meridional, desde el estrecho de Lemairo hasta el rio de las Amazonas.

Quizás, en efecto, la cara de las mujeres de Montevideo es menos brillante que la de sus vecinas, pero sus formas son maravillosas, y sus piés, sus manos y su gracia parecen haber sido directamente sacadas de Sevilla ó de Granada.

De ahí resulta entre los dos países :

Rivalidad de valor y de elegancia entre los hombres ;

Rivalidad de hermosura, de gracia y de aire entre las mujeres ;

Rivalidad de talento en los poetas, estos hermafroditas de la sociedad, irritables como los hombres

mas caprichosos, como mujeres, y, con todo eso, sencillos á veces como los niños.

Con lo que acabamos de referir, habia, como se ve, causas suficientes entre los hombres de Buenos Aires y los de Montevideo, entre Artigas y Alvear.

Esto fué no solamente una separacion, sino un odio; y no solamente un odio, sino una guerra.

Todos los elementos de antipatía fueron levantados contra los de Buenos Aires por el antiguo jefe de los contrabandistas.

Los medios que empleaba, le importaban muy poco con tal que pudiera conseguir su objeto; y su intencion era sacar del país á todos los Porteños.

Entonces fué cuando Artigas, reuniendo todos los recursos que le ofreció el país, se puso á la cabeza de esos gitanos de la América llamados Gauchos.

Bajo cierto punto de vista parecia una guerra santa la que hacia Artigas. Así nada pudo contrarestarle, ni el ejército de Buenos Aires, ni el partido español que sabia muy bien que la entrada de Artigas en Montevideo era la sustitucion de la fuerza bruta á la inteligencia.

Los que habian previsto eso no se equivocaron. — Entonces por la primera vez, hombres vagamundos, incivilizados y sin organizacion, se vieron reu-

nidos en cuerpo de ejército con un general á su cabeza.

Así, con Artigas dictador principió un período que tiene alguna analogía con el sans-culotismo de 1793. Montevideo va á ver pasar el reino del hombre descalzo, á los *casoudellos* fluctuantes, á la cheripa escocesa, al *poncho* desgarrado cubriendo todo esto con el sombrero inclinado hácia la oreja y asegurado por la barbillerá.

Entonces Montevideo fué testigo de escenas menos ridículas, algunas veces terribles. A menudo las primeras clases de la sociedad se ven reducidas á la imposibilidad de la acción; Artigas, con menos crueldad, pero con mas valor, fué entonces lo que mas tarde fué Rosas.

Por desastrosa que sea la dictadura de Artigas, tuvo sin embargo un lado de brillo nacional. Este lado fué la lucha de Montevideo contra Buenos Aires, que Artigas batió sin cesar, concluyendo de rechazar completamente la influencia, y además su obstinada resistencia contra el ejército portugués que invadió el país en 1815.

El pretexto de esta invasión fué el desorden de la administración de Artigas, y la necesidad de salvar á los pueblos vecinos de semejantes desórdenes, que podían ocasionar en ellos el contagio del ejem-

plo. Estos desórdenes habian, en el seno del mismo país, doblado la oposición que hacia el partido de la civilización.

Las clases elevadas, sobre todo, llamaban con todos sus votos una victoria que sustituyese la dominación portuguesa á esa dominación nacional que arrastraba con ella la licencia y la brutal tiranía de la fuerza material. — Sin embargo, á pesar de esa sorda conspiración en el interior, á pesar de los ataques de los Porteños y de los Portugueses, Artigas resistió cuatro años, dió tres batallas campales al enemigo, y, vencido en fin, ó destruido por partes, se retiró á Entre Ríos, es decir, al otro lado del Uruguay. — Allí, fugitivo como estaba, Artigas representaba aun, si no por sus fuerzas, á lo menos por su nombre, un poder formidable, cuando Ramirez, su teniente, se sublevó contra él con las tres cuartas partes de las fuerzas que le quedaban, batiéndolo de manera á quitarle toda esperanza de reconquistar su posición perdida; forzóle á salir de aquel país, donde, como Anteo, le parecia recobrar sus fuerzas todas las veces que tocaba la tierra.

Entonces fué cuando, semejante á uno de esos torbellinos que se evaporan despues de haber dejado la desolación y las ruinas sobre su paso, Artigas desapareció y se metió en el Paraguay, donde,

como hemos dicho, en 1848, en la época que Garibaldi defendía aun Montevideo, vivía aun y contaba noventa y tres ó noventa y cuatro años de edad, gozando de todas sus facultades intelectuales, y casi de todas sus fuerzas.

Vencido Artigas, ya nadie hizo oposición á la dominación portuguesa, la cual se estableció en el país, y el barón de Laguna, de origen francés, fué su representante en 1725. En este mismo año, Montevideo, como todas las posesiones portuguesas, fué cedido al Brasil.

Montevideo fué ocupado entonces por un ejército de ocho mil hombres del emperador.

En esta época fué cuando un montevidiano proscrito, que habitaba Buenos Aires, reunió treinta y dos compañeros proscritos como él, y decidió con ellos el libertar la patria ó morir.

Este puñado de hombres se embarcó en dos cañoas, y puso pié en tierra en el Arrenal Grande.

El jefe que los mandaba se llamaba Juan Antonio Lavalleja.

Lavalleja estaba relacionado con un propietario del país, quien debía, al momento de desembarcar, tener caballos preparados. Tan luego como puso pié en tierra, mandó un mensajero á ese hombre, que le respondió que todo estaba descubierto, que los

caballos los habían cogido, y por fin que si tenía un consejo que darle, era el de embarcarse con su gente y volverse pronto á Buenos Aires.

Empero Lavalleja respondió que él había salido con intención de ir mas adelante, y no de volverse atrás; por consiguiente, dió orden á los remadores de volverse á Buenos Aires, y el 19 de abril, con sus treinta y dos hombres, tomó posesión del territorio de Montevideo, en nombre de la libertad.

Al día siguiente, la pequeña tropa, ayudada de los propietarios, se hallaba bien armada, y montada á caballo, dirigiéndose á la capital, halló en el camino un destacamento de doscientos caballos que venía en su persecución. Componíase el destacamento de cuarenta Brasileños y de ciento sesenta Orientales, cuyo jefe era el coronel Julian Laguna, antiguo compañero de armas de Lavalleja. Este pudo evitar el combate, pero, al contrario, marchó derecho á los doscientos enemigos, y antes de venir á las manos, pidió tener una entrevista con Laguna.

— ¿Qué quiere usted y qué viene á hacer en el país? preguntó Laguna, que se puso solo delante de Lavalleja.

— Vengo á libertar á mi país de la dominación extranjera, respondió Lavalleja. — Si sois mio, ve-

nid conmigo. — Si sois contra mí, rendid las armas, ó preparaos al combate.

— No sé lo que significan esas palabras *rendir sus armas*, respondió Laguna, y espero que nadie me lo enseñará.

— Entonces, vaya usted á ponerse á la cabeza de su tropa, y veamos qué causa protege Dios.

— Voy, respondió Laguna, y marchó al galope á ponerse á la cabeza de sus soldados.

Empero al mismo tiempo Lavalleja desplegó la bandera nacional, azul, blanca y roja, como la nuestra, y al instante los ciento sesenta caballos orientales se pasaron á él.

Los cuarenta Brasileños fueron hechos prisioneros.

Desde entonces la marcha de Lavalleja á Montevideo fué triunfal, cuyo resultado hizo que la república Oriental, proclamada por la voluntad y el entusiasmo de todo un pueblo, tomara rango en medio de las naciones.

ROSAS.

Durante aquel tiempo, se engrandecía un nombre que debia ser un día el terror de la federación argentina.

Poco tiempo despues de la revolucion de 1810, un muchacho de quince á diez y seis años salia de Buenos Aires, abandonando la ciudad y dirigiéndose á la campiña. Tenia el semblante confuso y el paso rápido.

Este jóven se llamaba Juan Manuel Rosas.

¿Porqué pues, casi niño aun, este fugitivo abandonaba la casa donde habia nacido? ¿Porqué un hombre de la ciudad iba á pedir un asilo á los hombres del campo? Es que él, que debia un día abofetear la patria, acababa de abofetear á su madre, y la maldicion paterna lo perseguia.

Este suceso, sin importancia por otra parte, se perdió pronto en el ruido de los acontecimientos mas serios que ocurrían, y mientras que todos los antiguos compañeros del fugitivo se reunían bajo el estandarte de la independencia, para combatir la dominación española, él se perdía en las pampas, se daba á la vida del gaucho, adoptaba sus costumbres, se hacia uno de los mejores jinetes y uno de los hombres mas hábiles en el manejo del lazo y de la bola, de manera que al verle tan diestro en esos ejercicios salvajes, el que no lo hubiera conocido, lo hubiese tomado, no por un hombre de la ciudad, sino por un hombre del campo; tampoco por un fugitivo, sino por un verdadero gaucho.

Rosas entró desde luego como *pedy* ó jornalero en una hacienda, y al cabo de poco tiempo obtuvo por su conducta el cargo de capataz ó mayordomo de la estancia.

En esta última cualidad administraba los bienes de la poderosa familia de Anchoesa. Aquí pues principia su fortuna como propietario.

Mas como nuestra intencion es la de dar á conocer á Rosas bajo todas las fases que ha recorrido, creemos muy á propósito el decir, en medio de los acontecimientos que tenian lugar, cuál era la situacion de su espíritu.

Rosas se hallaba en Buenos Aires durante los prodigios realizados por la revolucion contra España. Entonces el que tenia valor buscaba celebridad en el campo de batalla; el que tenia talento, instruccion y prudencia, la desplegaba en los consejos. Rosas ambicionaba la fama y los honores; mas ¿qué fama y qué honores podia él ambicionar? ¿Qué podia esperar él, que no tenia valor en el campo de batalla, ni luz ni prudencia en el consejo? A cada instante oia resonar algun nombre glorioso en sus oidos. Como ministros, le hacian eco los de Ravadavia, de Pasos, de Aguero; y como guerreros, los de San Martin, Baleares, Rodriguez y Las Heras.

Todos estos nombres llegaban de la ciudad á despertar las ambiciones de los habitantes de los campos solitarios; pero á la vez reanimaban su aborrecimiento contra esta ciudad que prodigando triunfos al primer aventurero llegado, se lo negaba á él, no ofreciéndole mas que el desprecio y el destierro.

Empero ya en esta época Rosas soñaba en el porvenir, y errante en las pampas, preparaba los medios de realizarlo, allí, confundido con los gauchos. Hacíase el compañero de las miserias del pobre, adulaba exaltando las preocupaciones del hombre de las llanuras, para indisponerlo contra los habitantes de las ciudades; al efecto le revelaba su fuerza, le demostraba la superioridad de su número, haciéndole comprender, en fin, que tan luego como el campo lo quisiera se haria dueño de la ciudad, que por tanto tiempo habia sido su reina.

Sin embargo los años trascurrian con rapidez; se entraba en el año de 1820.

En esta época pues principia Rosas á aparecer en el horizonte lejano de las pampas, apoyado en la influencia que habia adquirido sobre los habitantes de las llanuras.

Ya hemos visto lo que acontecia en Montevi-

deo. Ahora veamos lo que tenia lugar en Buenos Aires.

La milicia de Buenos Aires se subleva contra el gobierno de Rodriguez. Entonces un regimiento de las milicias del campo, *los colorados de las Conchas*, entran en la ciudad el 5 de octubre de 1820, mandados por un coronel que conoce á Buenos Aires, donde tambien es conocido.

Este coronel era el mismo *Rosas*.

A la mañana siguiente ambas milicias traban combate, empero en esta ocasion el coronel no se hallaba en su puesto.

Un violento mal de muelas, que desapareció tan luego como llegó la noticia del triunfo de los suyos, impidió sin duda alguna el que *Rosas* se hallara en la pelea.

Octavio tenia una fuerte calentura el dia de la batalla de Accio. Por consiguiente *Rosas*, que tenia muchas cosas de este personaje, pudo imitarle en aquella ocasion; pero no confundamos mucho las cosas, porque Octavio pasó á ser Augusto, altura á que, segun todas las probabilidades, no alcanzará *Rosas*.

Esta entrada de *Rosas* en Buenos Aires es la única hazaña guerrera que cuenta este hombre en toda su vida política.

Los insurgentes de la ciudad fueron vencidos.

Entonces fué cuando Rivadavia, célebre despues de mucho tiempo, y ministro del interior, lo colocó á la cabeza de los negocios.

Rivadavia era uno de esos hombres de genio, como aparecen en la superficie de las revoluciones en los dias de tormenta. Habia viajado mucho tiempo en Europa. Poseia una instruccion universal, y parecia animado del mas ardiente y puro patriotismo. Con todo la vista de la civilizacion europea, que habia estudiado y visto en París y en Londres, le confundió cuando quiso aplicarla en su país que no tenia, como el viejo mundo, siglos numerosos de experiencia y de luchas sociales. Quiso doblar y redoblar la marcha del tiempo, y hacer en América lo que Pedro el Grande habia hecho en Rusia; mas no teniendo los mismos elementos que Pedro, no logró su objeto.

Tal vez con un poco mas de habilidad mezclada á su genio, Rivadavia hubiera realizado su objeto; pero ofendió á los hombres en sus costumbres, y ciertas costumbres son una nacionalidad, y otras un orgullo inveterado. Burlóse de las costumbres americanas, manifestó la repugnancia que sentia al ver las *chaquetas* y trajes populares, al ver la *chiripa*, el vestido y la pipa de los habitantes del

campo; y como á la vez no ocultaba su preferencia por el fraque y la levita, perdió poco á poco su popularidad y el poder se le escapaba de las manos.

Sin embargo ¿cuántas cosas no dió al país, en cambio de los trajes que habia hecho abandonar? Su administracion es la mas próspera que Buenos Aires ha tenido jamás; funda universidades y liceos, é introduce la enseñanza mutua de las escuelas. Bajo su mando los sabios de Europa son llamados, y las artes protegidas se desarrollan: en suma, Buenos Aires es llamado, en la tierra de Colon, la Atenas de la América del Sur.

Ya hemos hablado de la guerra del Brasil de 1826. Para sostener esta guerra, Buenos Aires hizo gigantescos sacrificios, agotó sus rentas, y por consecuencia debilitó los resortes de la administracion.

Agotado el Tesoro y debilitado el mecanismo de buen gobierno, comenzaron las revoluciones.

Como hemos dicho antes, en Buenos Aires como en Montevideo no vivian los habitantes del campo y de la ciudad en buena armonía en razon de los intereses opuestos que los dividian.

Buenos Aires se revolucionó en fin.

Inmediatamente el campo se sublevó en masa, invadió la capital argentina, y elevó á su jefe, á jefe del gobierno.

Este personaje era Rosas.

Aquí cerramos el paréntesis abierto poco há.

En 1830, Rosas es nombrado gobernador por el ascendiente del partido del campo, y á pesar de la fuerte oposicion de la ciudad, que encuentra medio civilizada por influjo y durante la administracion de Rivadavia.

Entonces Rosas, el gaucho de las pampas, trata de reconciliarse con la civilizacion: parece olvidar las costumbres salvajes adoptadas por él entre su gente, pero no: la serpiente no hace mas que cambiar de piel.

Mas la ciudad resiste sus halagos, y la civilizacion se niega á agraciarse al tráfugo que se pasa al campo de la barbarie. Rosas se presenta vestido del uniforme, y los hombres de espada se preguntan en qué campo de batalla lo ha ganado. ¿Habla en una reunion? entonces el poeta pregunta al hombre de buen tono en qué hacienda ó *estancia* ha tomado Rosas semejante estilo. ¿Se presenta en una tertulia? al punto las mujeres lo señalan con el dedo diciendo: «Hé ahí al gaucho disfrazado.» Y á todo esto, unos le atacan por frente y á retaguardia, y otros le arrojan al rostro el dardo inflamado del epigrama anónimo, en cuyo campo figuran en primera línea los Porteños.

Los tres años de su gobierno pasaron en esta lucha mortal á su orgullo, y tal vez debió á los tormentos morales que le hicieron experimentar durante este período, no su ferocidad normal, sino un aumento considerable de ferocidad salvaje. Cuando entregó el mando á su sucesor y bajo las escaleras de palacio con el alma inflamada de rencor y el corazón bañado en hiel, comprendió que en adelante no podía haber entre la ciudad y él una alianza posible, y en su virtud se fué en busca de sus fieles gauchos, de sus campos ó estancias donde era el señor, donde reinaba como un rey; empero todo esto con la intención de volver un día á Buenos Aires como dictador; como Sila, á quien no conocia, y de quien probablemente jamás habia oido hablar, habia vuelto á entrar en Roma con la espada en una mano, y la tea incendiaria en la otra.

Hé aquí lo que hizo para lograr su designio. Pidió al gobierno que le otorgase un mando cualquiera en el ejército que marchaba contra los Indios salvajes. El gobierno, que lo temia, creyó alejarlo de sí, concediéndole esta gracia. Le dió todas las tropas de que podia disponer, olvidando que con este proceder se debilitaba y daba fuerzas á Rosas.

Tan luego como Rosas se vió á la cabeza del ejército, suscitó una revolucion en Buenos Aires, se hizo

llamar al poder, que no quiso aceptar sino con las condiciones que tuvo por conveniente el imponer. Apoyado pues en el ejército, entró en esta capital con la dictadura mas absoluta que se haya visto jamás, esto es con el poder público mas lato en todo sentido.

El gobernador á quien derribó ó precipitó de su silla, era el general Juan Ramon Baleares, uno de los hombres que mas se habian distinguido en la guerra de la independecia, uno de los jefes del partido de la confederacion, de que Rosas se proclamaba el mas sólido sosten. Baleares poseia un corazón noble. Su fe en la patria era una religion para él. Habia creido en Rosas, y habia hecho mucho para elevarlo, pero Baleares fué el primero á quien Rosas sacrificó. Murió proscrito, y cuando su cadáver atravesó la frontera, protegido por la muerte, Rosas impidió á la familia del difunto, no los honores públicos debidos á un hombre que habia sido gobernador ó presidente de la República, sino los sencillos funerales que se hacen á un simple ciudadano.

El poder verdadero de Rosas principió en 1833. Su primer gobierno, todo de disimulo y de hipocresía, no habia evidenciado sus instintos crueles, que le han dado despues la celebridad de la sangre. Este período no fué señalado mas que por el fusilamiento